

Chile Bicentenario

El Ocaso de la República y nuestra Nueva Fragilidad Histórica

Entrevista a ALFREDO JOCELYN-HOLT LETELIER¹

Licenciado en Derecho de la Universidad de Chile, Máster en estudios humanísticos en la Universidad Johns Hopkins, Doctor en Historia de la Universidad de Oxford. Ha escrito varios libros entre los que se encuentran "El Chile Perplejo: del avanzar sin transar al transar sin parar" "El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica" "La Independencia de Chile: tradición, modernización y mito", "Historia General de Chile", entre otros. Actualmente se desempeña como docente de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile

*... "Comienzan a desaparecer tantas cosas
que luego sin duda no han dejado
de comenzar a desaparecer".*

N: Frente a la amenaza de las conmemoraciones, celebraciones y balances del Bicentenario y a esa incapacidad de indagación reflexiva que ha presentado nuestra historiografía "de rastrilleo de archivo" usted ha tomado posición junto a una tradición historiográfica interpretativa, comprensiva. Desde esta forma de comprender la historia ¿Qué se puede decir hoy sobre el Bicentenario? En un debate público que oscila entre el "cosismo histórico anecdótico" de la serie Héroe, el merchandising de las obras públicas y "la onda" de la memoria histórica ¿Qué ha quedado fuera?

No creo que el Bicentenario vaya a resultar tan memorable. Me parece que con conmemoraciones, celebraciones y balances festivos nos quedamos cortos. Lo que echo de menos es una evaluación del republicanismo. Un reexamen del republicanismo, sus ideales e instituciones, lo cual supone un debate político e histórico. A final de cuentas estamos hablando de doscientos años de una opción republicana. Quizá también deberíamos estar hablando del Estado-Nación. Hago la distinción porque creo que se puede tener, y hemos tenido, republicanismos sin Estado-Nación, lo que no me parece nada de malo.

Lo que me intriga es poder evaluar las virtudes todavía vigentes de una institucionalidad republicana. No estoy convencido de que todavía sigamos en una república; quizás, estamos frente a una república debilitada o simplemente ésta se terminó. Me parece fundamental hacerse preguntas duras, de esa índole. Hasta qué punto lo público es significativo, hace sentido, en una sociedad como la nuestra. Preguntas de ese tipo lo llevan a uno a plantearse acerca de la política, es decir: qué tanto ordena y organiza a esta sociedad la política después de doscientos años.

Si debatiéramos a ese nivel podríamos alcanzar el grado inquisitivo que se produjo en el Centenario con figuras tales como Valdés Canje, Francisco Antonio Encina, Luis Emilio Recabarren en temas como la educación, o la estructura social (ricos y pobres) y en general sobre la calidad de nuestra ciudadanía. Yo no veo eso en esta coyuntura. La última vez que hubo un debate público en Chile fue a fines de los años 90, cuando surgió una pila de diagnósticos críticos. Estoy pensando, por ejemplo, en

¹ Esta entrevista fue realizada en Julio de 2010. Su contenido fue preparado y editado para Revista Némesis por Benjamín Sáez. Agradecemos al profesor Alfredo Jocelyn-Holt su disposición a participar del presente número.

“El Chile Actual” de Tomás Moulián y otras reflexiones. Yo también participé en esa discusión con *“El Chile perplejo”*. Además se produjo una gran polémica entre complacientes y auto-lacerantes al interior de la Concertación. Ahí hubo un germen de auto-reflexión pública significativa, pero me parece que eso se abortó, y para peor, duramente. En parte se le puso fin con la traída de vuelta de Pinochet de Londres.

Me sorprende, por ejemplo –lo digo en son de autocrítica personal- que hace 10 o 12 años atrás escribiera cosas bastante más puntudas que las que estoy escribiendo hoy día. Presumo que eso tiene que ver con los medios, y con que en los últimos 10 años ha habido una especie de “cerrazón” fuerte, cuestión que ocurría menos entonces. Lo que es curioso. Después de todo, veníamos de la dictadura –eso era bastante cerrado-, y después tuvimos la Transición y eso era negociado. Tomó tiempo darse cuenta de todo ello. Fue justamente esa toma de conciencia lo que, hacia fines de los años 90, motivó a muchos plantearlo en libros que, en su momento, circularon, fueron leídos e impactaron. En el caso de Moulián se publicaron 24 ediciones. En el mío --El Chile Perplejo- la editorial Planeta me informó que se habían publicado 12 mil ejemplares. Entonces había un público lector. No sólo de libros. Lo digo porque en esa época era también columnista de El Mercurio y otros periódicos, y las cosas que yo decía en El Mercurio –esto es extraño-- me sorprenden hoy día. En este momento tengo veto absoluto en El Mercurio, y eso que fui columnista regular durante 9 años en aquella época. Obviamente, ha habido un frenazo desde el gobierno de Lagos a nuestros días. Una devaluación de la calidad del debate y espacio públicos. Es lo que explica, quizá, que no podamos ni siquiera hacer una revisión de los últimos 10 a 12 años, menos de los últimos 30 y para qué decir de los últimos 200.

N: En ese sentido, si uno cien años después tuviera que dar cuenta del estado de la sociedad chilena a doscientos años de su independencia, ¿tendría que mirar el debate de fines de los 90??

Si, con la particularidad de que es un debate abortado, mientras que cuando se lo compara con las discusiones que se produjeron en el Centenario, impresiona que una contribución como la de Recabarren anticipe, por ejemplo, la creación del Partido Comunista. Repito, no veo en este momento una proyección de ese debate producido a fines de los años 90. Y no quisiera plantear esto como una mera imposición de fuerza. La hay, como también un no querer meterse en la pata de los caballos de parte de los medios pero también está la incapacidad de nosotros, me incluyo, de no haber perseverado en esa disputa y auto-reflexión. Por eso, me temo, el intento quedó trunco.

N: Y ¿qué queda en un Chile sin república, o donde la consistencia de esa república es dudosa?

Puede seguir habiendo un Estado-Nación, con un Estado intrusivo muy fuerte, paradójicamente afanado en querer insertar a este país en una economía globalizada. Las implicancias que ello conlleva –más autoritarismo y falta de autonomía- no es lo que a mí me gustaría. Un Estado-Nación sin república, sin equilibrios, me parece complicado. El tema del republicanismo es importante porque es histórico y data desde hace 200 años. La pregunta es “en qué sentido” sigue pesando. Nuestro republicanismo tiene en un principio un carácter oligárquico y se vincula con una elite bastante extraordinaria, que es liberal pero funciona desde un mundo o sociedad tradicional, hacendal, jerárquica y autoritaria; una elite que en sus manifestaciones políticas se permite a sí misma ser progresista, innovadora, con un alto nivel de conciencia política. Bastante plural ideológicamente, al punto que en el siglo XX termina por tolerar y aceptar al Partido Comunista. Esa modalidad inclusiva evita y posterga el proceso revolu-

cionario, por lo tanto, el republicanismo inicialmente es una opción de carácter anti-democrático, liberal, anti-revolucionario. Una opción política gradualista, ingeniosa, hábil, por lo mismo que institucional.

En cambio, desde hace cuatro décadas, desde los años 60 a nuestra época, estamos en un proceso revolucionario avasallador, de grandes transformaciones y aniquilamiento de esa sociedad tradicional que sirviera de equilibrio. Quizás este nuevo proceso revolucionario hizo terminar la república, o a esa variante de república y el fenómeno político está en suspenso.

La historia del Estado-Nación, sin embargo, es más fácil entenderla. A final de cuentas la historia del Estado-Nación lleva a crear un ente administrativo muy poderoso, concentrado alrededor de los recursos del Estado al punto que el Estado termina siendo un gran botín; eso se acentúa en el siglo XX. En el siglo XIX se mantiene el equilibrio: se impide el poder de un Estado fuerte; los grupos dirigentes se oponen a un O'Higgins, a un Manuel Montt, a un Balmaceda, quienes auspiciaron -ciertamente Balmaceda y Montt- un Estado más fuerte. Todo ello mantiene un cierto equilibrio en el XIX. En el siglo XX no. El nacionalismo, las líneas ideológicas pro-Estado cada vez más insistentes, la crisis económica (la Gran Depresión) hacen casi imperativa la necesidad de un Estado interventor, centralizador, desarrollista y modernizador en que participen todos los sectores políticos organizados. De ahí que todos los sectores, incluso de derecha y de izquierda, sean estatistas en el s. XX. Alberto Edwards tanto como la UP, por ejemplo. Lo anterior, de hecho, desemboca en la UP y en la dictadura militar, y es en este último período cuando tuvimos el Estado más poderoso de la historia de Chile. Un Estado más que policial, lo más cercano que hemos llegado a un aparato totalitario con una anulación absoluta del espacio público. Pero un Estado y una tendencia que se refleja, ya antes, en nuestra constitución, la Constitución del 25 y a su vez se reforzará en la de 1980.

En el siglo XIX quienes instauraron la república de alguna manera intuían este peligro: un Estado demasiado poderoso y una sociedad democráticamente participativa, esa combinación es algo que ellos trataban de impedir a punta de contrapesos. En el siglo XX dicho escenario temido terminó por producirse. De ahí que sea necesario hacerse la pregunta "bueno, qué república tenemos", y qué ha quedado de ese propósito político de querer limitar el poder. Es decir, la antítesis de un Estado y un ejecutivo fuerte, una pura presidencia de la república en el fondo, con visos administrativos y de gestión, que es lo que tenemos actualmente.

N: En ese sentido la celebración del Bicentenario, ¿sería más bien el festejo de hacerse con el botín del Estado?

De acuerdo, pero lo que pasa es que la gente que administra el Estado hoy día lo hace bajo cierto consensualismo. Hemos tenido una Transición acordada entre quienes están en el poder y quienes son oposición. Eso es lo que nos permite suponer que quizás el gobierno de la Alianza y de Piñera sea el quinto gobierno "de la Concertación". Esos grupos en conexión con este poder magnificado del Estado -un Estado que hace las políticas privatizadoras desde arriba- es muy poderoso. Los grupos que manejan y están vinculados con este Estado, concretamente la derecha y la Concertación, no son tontos, no van a hacer demasiado alarde celebratorio: los podríamos desenmascarar, dejar en evidencia. Lo cual no significa que podamos, desde ya, deducir su comportamiento. Son ellos quienes están contentos y autocomplacientes con el sistema, más aún habiendo alternancia.

N: En "El peso de la Noche" usted hace referencia a la inestabilidad del orden en forma tan celebrado en las revisiones

tradicionales de la Historia de Chile. Identificando el argumento de autores como Gabriel Salazar, Julio Pinto y José Bengoa, con esa cara oculta no integrada y paralela al orden en forma. Cómo se articulan hoy estas dos caras de la historia nacional que son ese orden tan lustroso pero al mismo tiempo inestable y que siempre está, digamos, a la espera de esa otra cara que es la amenaza del desorden.

Hoy día hay menos dualismo o contraposición extrema. El orden establecido se ha vuelto menos institucional y por lo tanto es más informe y menos ordenado. He ahí, por ejemplo, el poder de las corporaciones. Hay una debilidad de las instituciones y sin embargo ese vacío de legitimidad está ocupado por corporaciones, concretamente las Fuerzas Armadas y la Iglesia, ambas pre-institucionales. Los partidos son débiles, siguen siendo partidos muy extraordinarios si uno los compara con otros países de América Latina, pero conforme a nuestros estándares históricos, más débiles. Los espacios públicos son cada vez menos existentes o gravitantes. Las élites se han vuelto plurales: no es una sola élite, son muchas élites y la manera cómo actúan estas élites es a través de trenzas, o mediante acuerdos tácitos y tácticos. Así y todo, noto menos claridad de propósito, si se la compara con la élite tradicional, que desapareció en los años 60. A su vez, nos integramos a todo un mundo externo también desestabilizador.

En ese sentido, es posible que en la actualidad tengamos un mundo más participativo, más democrático. Nos hemos ido integrando, pero a través de canales líquidos, o semi-sólidos, como cuando el mercurio se desparrama fuera del termómetro y nos resulta imposible volverlo a su recipiente. Visto así, éste no es un orden propiamente tal. En el mundo tradicional existía cierta dualidad. Por un lado el orden institucional, pero que podía reventarse. Por el otro lado, teníamos una sociedad dual. Podía existir una hacienda, pero también se daban esas masas migrantes de vagabundos, gente que entra a la hacienda a trabajar esporádicamente, y que fascina a Gabriel Salazar. Esa dualidad los sujetos de la élite la manejaban. Ellos también eran bastante esquizofrénicos: salían del mundo autoritario de la hacienda y se movían a la ciudad y ahí eran liberales ubicándose muy bien. Las lógicas de la ciudad, del espacio público, eran lógicas diferentes a las que estaban operando en el mundo de la hacienda. La sociedad de hoy día es mucho más en-globalizadora y no hay distinciones tan claras. Es eso lo que la vuelve más informe. Bajo el esquema anterior, aunque hubiera dualidad, se la podía canalizar gracias a cierto grado de racionalidad.

En el mundo tradicional había mayor conciencia de lo débil que eran las instituciones y esto sirvió a final de cuentas para reforzarlas. Hoy día vivimos en un mundo mucho más expuesto, desde luego a la globalización, expuesto a los medios de comunicación y eso debilita el control. Funcionamos como un surfista encima de la ola, metafóricamente hablando. Lo que es distinto a tener a un capitán de barco con una muy buena tripulación en medio de una tormenta en alta mar, imagen que calza con el siglo XIX y parte del siglo XX. Hoy en día, en cambio, manejamos a duras penas un escenario equivalente al de un equilibrista solitario en su tabla con olas que pueden llegar a tener, no sé, 8 metros o 10 metros. Si tú te caes en una situación así de peligrosa te puedes sacar la cresta literalmente.

N: Pensando también en las tesis de Salazar respecto de esta idea de los flujos de historicidad que atribuye al mundo popular, con esta suerte de movimiento que se pierde pero retorna ¿En algún momento hay una especie de vuelta atrás del orden de la misma manera?

No, a mí ese aspecto de la reflexión de Gabriel me parece poco convincente: su argumento de que hay un sujeto quien “más temprano que tarde” se va a hacer de la historia y va a hacer la única his-

toria posible, la historia del pueblo. Vengo refutando esa idea de Salazar desde que escribí el libro sobre la Independencia. No creo que nadie, hoy en día, controle la situación y pueda “hacerse de la historia para sí”; nadie es dueño de la historia.

Lo que me llama la atención, y en relación a la historia que a mí me compete, la historia del sujeto que yo privilegio (que es el sujeto de la élite), es que éste se hizo de un poder que no lo ha tenido ningún otro sujeto histórico en este país, pero que lo terminó por perder. Es desde esa perspectiva que yo escribo. Gabriel, en cambio, se remite a derrotados y silenciados que finalmente se van a hacer del poder histórico. A mí me interesa una historia de sujetos que muy hábilmente se hicieron de un poder enorme, lo institucionalizaron y después lo perdieron. Solamente cifro esperanza en la capacidad anacrónica de esas instituciones valiosas que dejaron y que continúan en el tiempo, independientemente de esa élite que en su momento las creó. Hay, pues, una diferencia. Yo no comparto el voluntarismo histórico de Gabriel aunque lo comprendo en él.

N: Al fin y al cabo, podría pensarse, su historia termina siendo una historia sin sujeto, un sujeto que estuvo...pero que ya no está

Precisamente, admitiendo eso sí que me complica muchísimo, porque sí hay una similitud entre las formas de pensar de Gabriel y la mía: que no podemos concebir historias sin sujeto. Que yo me quede sin sujeto en la historia actual y Gabriel siga cifrando su esperanza en un sujeto popular aún sin producirse la toma de poder, de algún modo, nos hermana. Yo hubiese querido que la sociedad civil se planteara como una alternativa al establishment actual, pero a la sociedad civil la veo débil en Chile todavía, no la veo muy elocuente. Si tuviéramos una sociedad civil que se organizara y fuera convincente en su hablar, ahí tendría cierta esperanza en un sujeto histórico posible. No quisiera dar la impresión de que mi diagnóstico sea nostálgico o pesimista, es simplemente realista. Los historiadores tenemos que ser realistas para que seamos creíbles. No entro a enjuiciar si eso me parece bien o mal, simplemente lo constato y ciertamente en lo personal a mí no me gusta tener un establishment tan sin competidores. Pero hasta ahí no más llego.

N: Esta pregunta tiene que ver con la anterior: Si hasta la caída de la sociedad agraria esa fragilidad del orden se sostuvo sobre los pilares fácticos del peso de la noche y con la caída de la sociedad agraria el peso de la noche de una u otra manera acaba desarticulándose ¿cuáles son los cimientos del tambaleante orden en Chile hoy? ¿qué mantiene al “surfista” surfeando todavía?

Yo quizá me expliqué mal o no se me entendió enteramente: el frágil orden, bajo el orden tradicional, superó el factismo, desde luego el hacendal, precisamente porque se reconocieron sus límites. Es decir, la élite dirigente tradicional se dio cuenta de que este país no se podía gobernar como se gobernaba la hacienda y por eso tuvieron que moverse al mundo político. En el mundo político, ellos se basaban en el poder social que provenía de la hacienda, pero lo que hacían en la hacienda no era lo mismo que hacían en la ciudad, en la plaza pública, en la universidad o en el congreso. Ahora bien, los cimientos del tambaleante orden del Chile de hoy día, del 2010, son aun más fácticos que en el pasado. El valor que yo le encuentro a los grupos de elite tradicional es que se dieron cuenta de las limitaciones de la facticidad y por eso aceptaron los términos políticos de la ciudad y sus instituciones. Mi impresión es que, hoy, los excesos de facticidad se deben a que ya no hay contrapesos institucionales.

La elite tradicional creía en el espacio público. El *establishment* actual –que yo concibo como el conjunto de distintas elites o grupos que conforman ese poder actual- solo comprende y se afina en el mercado. Si la elite tradicional creía en el espacio público estos creen fundamentalmente en el Estado, o más bien en los flujos, el ir y venir de los recursos económicos, concretamente financieros, buena parte de los cuales los sigue concentrando el Estado. De existir un orden hoy día me parece que es producto de una mano invisible y en el mejor de los casos esta mano invisible produce un equilibrio ecológico que preserva o protege a la humanidad. El problema es que el mercado y estos flujos financieros son bastante brutales y bastante fácticos, muy poco humanos. Son fácticos porque estamos hablando más bien de un mercado oligopólico, no de un mercado plural.

N: En ese sentido la mano no es tan invisible, digamos.

Exacto. No es tan invisible. Así y todo pienso que quizá, no sé... quizá, de alguna manera esta sociedad se va a terminar por proteger del mercado. Pero eso no ocurre aún. Lo que hace funcionar bien o mal a la sociedad actual es la dinámica de los flujos económicos. Esto no me parece que garantice un orden. Vivimos en un orden a primera vista ordenado, un orden entre comillas. Por eso un gobierno como el de Piñera a lo sumo pretende administrar o gestionar esta sociedad. No veo atisbos de orden en la sociedad civil, que sería la otra alternativa. Esta sociedad civil, en el mejor de los casos, me parece muy estética, estetizante, a veces manierista: una estética muy versátil, en que las generaciones más jóvenes son bastante diestras, a veces irónica o paródicamente, en semi-serio, conectándose y desenchufándose. Una ductibilidad compensatoria que sirve para sobrevivir en este mundo.

N: En ese mismo libro usted plantea que en la independencia se abre un periodo de modernización de larga duración que se funda en una tradición republicano-liberal y citando a Tomás Mann, dice usted cuando inicia esas reflexiones en torno a la proyección moderna, que “comienzan tantas cosas que luego sin duda no han dejado apenas de comenzar”. En ese sentido le quería preguntar cuál es el estado actual de esa modernización de larga duración, entendiendo que comienzan tantas cosas que, luego, no han dejado de comenzar.

Yo, hoy día, diría que comienzan a desaparecer tantas cosas que luego sin duda no han dejado de comenzar a desaparecer. A mí me interesa, en este momento, más lo que la modernización destruye que lo que crea, también más los costos de la modernización que sus beneficios. Por eso desconfío de nuestra variante actual del progresismo. Lo cual es contradictorio, porque desde la Ilustración en adelante gente como yo se plantea en términos positivos acerca del cambio, la modernización, el progreso y demás. De ahí que nos sea útil la discusión entre modernismo y posmodernismo. Sin tener que abandonar los propósitos de la modernización ilustrada, en los cuales sigo creyendo, pienso que hemos llegado a un punto donde uno tiene que hacerse seriamente la pregunta de cuántos costos se han estado produciendo en aras de alcanzar dicho progreso. No se trata, entonces, de abandonar los parámetros, los objetivos o las utopías iluministas, sino darse cuenta de que tienen límites.

N: Pero es una modernización -desde ese punto de vista- distinta, no es la misma modernización republicano-liberal. ¿Sería una modernización del mercado, una modernización...?

Claro que es diferente: una modernización a partir de la política es distinta a una modernización a partir del mercado. La modernización a partir de la política es más intencional y por tanto asegura un mayor grado de orden. Sin perjuicio de que eso, históricamente, tenía una serie de falencias, porque

ese orden político no era enteramente democrático, era más bien antidemocrático, no era enteramente participativo y en la medida que era liberal era bastante injusto, eso yo lo concedo. En cambio, el mercado es mucho más inclusivo, más participativo, más dinámico, más informe, aunque creo que también más fáctico. A mí me parece que el mercado es el eje central de la sociedad actual, a diferencia de lo podría haber sido la plaza pública o la institucionalidad pública en otro momento histórico. Y el mercado hace más visible el poder y lo muestra descarnado, como más brutal, mientras que en el orden "antiguo" o tradicional, tradicional modernizante e iluminista, la política actuaba como limitación del poder. Mi impresión es que la política como limitación del poder o está herida, mortalmente herida, o ya se murió y por eso quedamos a la intemperie y a merced del mercado.

N: Bueno, en ese sentido usted, en "La Independencia de Chile" plantea que desde entonces la historia de Chile es sin duda una historia política, eminentemente política

Sí.

N: Desde ese punto de vista la historia actual de Chile, digamos, este ciclo histórico de Chile sería...

Historia económica o peor que historia económica, que es muy aburrida yo encuentro, eso sería una historia del consumo ¡peor aun!

N: Y tal vez, esta suerte de historia de "las cositas", de "los objetos", de "las formas de vida" de...

O las marcas.

N: O las marcas, eso sería la historia de hoy...

Si, así es.

N: Y eso, de una u otra manera, ¿se refleja en la historiografía chilena hoy?

Si. En el fondo, nosotros nos hemos estado moviendo de una sociedad que funcionaba alrededor de ciudadanos y terminamos en una sociedad que gira en torno a consumidores. Eso lleva a un cambio en el tipo de historia que se hace. En una primera etapa hacíamos una historia política para darle sentido al actuar ciudadano. En la actualidad tenemos una historiografía que estaría al servicio del cliente que necesita informarse acerca del cambio de consumo. En su momento consumían automóviles modelo "T", Ford "T", y ahora tienen automóviles tipo japonés, coreano, lo que sea. La oferta historiográfica es en exceso micro-histórica y eso supone no tanto un sujeto histórico como a un consumidor de esa historia que se va a querer ver reflejado en la oferta historiográfica que le proporciona el historiador.

Es decir, así como los historiadores en los años 80 y 90 comenzaron a ofrecer sus servicios a grandes empresas, iban donde el banco x, y o z y le ofrecían historia del banco, para que el banco a final de año le regalara a sus mejores cuenta-correntistas un libro que ponían en la mesa de café. Hoy día tenemos una oferta de historia hecha a medida de los distintos consumos, entonces los aficionados de los automóviles tienen historia del automóvil. Los aficionados a la historia de la cocina tienen historia de lo que se consumía en los distintos tiempos históricos, que se yo, los vinos desde los griegos hasta los

sommeliers de hoy día. O la historia de las preferencias sexuales, por ejemplo. Este tipo de historia en el peor de los casos se puede transformar en una historia de guetos. Una situación complicada porque la historia tiene que dar cuenta de sentidos compartidos por grupos bastante heterogéneos, mientras que esta historia es una historia muy sectorial, puntual, demasiado estrecha, poco ambiciosa. Pero, sí, va a haber gente que irá tras esos menús y se los van a devorar.

Todavía en la historia de Salazar hay un sujeto con un grado de nobleza alta. Tenemos un sujeto, según Gabriel, silenciado históricamente que toma conciencia de su historicidad y por tanto se puede hacer de un poder histórico eventual. Eso me parece una argumentación no solamente romántica, es una argumentación que a un historiador como Michelet le hubiera gustado leer. Es una propuesta noble y aun cuando yo no comparto necesariamente la misma simpatía para con ese sujeto, ciertamente me hace mucho sentido en tanto interpretación posible, es decir, admito que es ensalzador. Pero si alguien me viene a ofrecer historia, no sé, de las farmacias, yo no le veo ninguna altura de miras a eso ¿me entiendes?

Se trata de una oferta historiográfica pornográfica. Uno la ve en los menús de pantalla y hace los clicks correspondientes para recibir lo que quiere “bajar” o “subir”, en ese sentido es pornográfico. Creo que la historia tiene que tener un cierto grado de universalidad mayor. En última instancia, Gabriel Salazar, más allá de la especificidad del sujeto popular chileno que él está rescatando, está haciendo una propuesta humanista. El paradigma nacional, un paradigma que a mí me complica muchísimo, lo encuentro estrecho, pero incluso todavía el paradigma nacional ofrece una transversalidad mayor. Es lo que explica por qué estoy haciendo una *Historia general de Chile* que aspira a poner a Chile en un mapa mayor. De ahí que le dedique mucho tiempo a temas sobre Europa y sobre América Latina a la vez que estoy haciendo historia de Chile. En ese sentido no es una historia nacionalista aun cuando el paradigma nacional me resulta parcialmente útil. Por el contrario, volcarse a hacer algo tan empírico, tan puntual, tan pelo de la cola, muy en las líneas micro históricas actuales, lo encuentro pobre, estrecho de miras. Nos conduce a un empirismo micro-histórico positivista y eso que se suponía que habíamos superado ese tipo de enfoque.

N: De todas formas, digamos, volviendo a las reflexiones sobre la mano invisible que no es tan invisible, aunque se ponga en entredicho la idea de política y la idea de orden en el Chile actual, seguimos teniendo personas que lo detentan, digamos, seguimos teniendo una élite aunque no sea la misma élite, la política no tiene la misma centralidad que en el siglo pasado; de todas formas está esa gente ahí. Le quería preguntar....

Pero no son la misma gente.

N: No son la misma gente... seguimos teniendo élite en ese sentido, no se ha vaciado de actores el escenario político, seguimos teniendo política, etc. En ese sentido quería que reflexionara respecto de cuál es la nueva elite “gobernante” si lo quiere ver así, desde su punto de vista

A mí me parece que lo que nosotros tenemos en las esferas más altas desde hace 40 años es un establishment, un enjambre de grupos de poder, no siempre interesados en la política, a lo sumo sectoriales sin capacidad de representar un todo mayor, como podría ser un país o una sociedad.

N: ¿En el sentido de que no hay un proyecto no son élite dice usted?

Exactamente. Está la jerarquía eclesiástica, están los militares, están los empresarios y hasta ahí, estoy hablando de poderes fácticos ¿te das cuenta? En la definición que ha terminado por ser clásica a estas alturas del juego ¿no? Los medios de comunicación: otro poder fáctico. Súmale a eso probablemente la industria más potente en los últimos 20-25 años en Chile: la publicitaria, que en su proyección y bombardeo icónico constante actúa como un poder fáctico, con una capacidad de reproducción y de demostración extraordinaria. Ahora bien, ese conjunto de actores puede vincularse, hacer todo tipo de links entre ellos, trenzas, consensos tácticos para potenciar cada uno de sus poderes, pero no manejan la totalidad, porque nadie maneja la totalidad. Y ninguno de esos actores grupales puede explicarme el sistema en el cual opera, sin perjuicio de que se mantienen en la cresta de la ola y tienen una extraordinaria capacidad, hasta ahora, de no caerse. A mí me parece que esto es enteramente distinto a lo que ocurría en el mundo moderno tradicional, donde nos hacían una propuesta de espacio público, nos hablaban de un ciudadano-sujeto histórico y tenían políticos e historiadores y a veces historiadores que también eran políticos que te explicaban el sistema. Eso yo no lo veo hoy.

A su vez este sistema en el cual estamos operando hoy en día puede estar siendo manejado por hilos y dinámicas que escapan a la autonomía incluso nacional, en un contexto ya de alcance globalizado y entonces, en ese contexto, uno debiera preguntarse: cuál es el grado de autonomía o de libertad individual de las personas. Porque esto último es algo que no hemos hablado en toda esta entrevista: la libertad. Hemos hablado del orden, hemos hablado de sujetos y demás pero no hemos hablado de la libertad y me parece que ese es el padrón final para hacer las comparaciones, hacia allá deberíamos estar dirigiéndonos. Una de las debilidades mayores del liberalismo, de la Ilustración y del modelo de modernización ilustrado es que no nos hizo tan libres como pensábamos que nos iban a hacer. Es más, de repente nos encontramos en un mundo que parece retrasar aun más la posibilidad de tener sujetos individuales y libres.

N: Usted ha argumentado también que dicho proceso de modernización de larga duración se funda sobre las bases del reformismo borbónico en el marco de un "Estado modernizante que ofrecía progreso sin revolución, un reformismo voluntarista que no pretendía alterar el orden social". Cuestión que se proyecta desde la figura de Mateo de Toro y Zambrano hasta la figura de Allende y la apuesta de la izquierda chilena de llegar al socialismo sin una revolución (Que nada cambie para que todo cambie). Como plantea Immanuel Wallerstein la modernidad encarna tanto una promesa de progreso como una promesa de emancipación. Resulta visible la analogía entre estas dos promesas y los proyectos de la tradición modernizante liberal republicana y el mesianismo que usted critica en "El Chile Perplejo" ¿Hasta qué punto su interpretación historiográfica hace primar el primer aspecto sobre el segundo? ¿No ha sido la incompatibilidad entre estos dos aspectos la causa del dudoso éxito de la modernización reformista y el mesianismo?

Pero sí legitimó lo otro.

N: Legitimó... ¿a qué se refiere con lo otro?

El proyecto republicano permitió el cauce de esas propuestas emancipadoras que son más participativas, más integradoras, más democráticas, pero que a su vez también son más mesiánicas. De ahí que se haya impuesto una oferta liberal, la cual siempre supuso un sujeto restringido, porque cuando estamos hablando de un sujeto ciudadano estamos hablando de un sujeto que es ilustrado, que es informado y que por lo tanto en el espacio público puede ser libre, para hablar, para opinar; y es libre en el sentido de que está más allá de un estado de necesidad. Estoy dando la explicación del espacio público derivada de Hannah Arendt.

Desde el momento que nosotros incorporamos a grandes sectores masivos el asunto se complica. El liberalismo ya no sirve. A esas alturas del juego --estamos hablando de la segunda mitad del siglo XX-- tú no los puedes parar, no le puedes negar la oferta inicial que sirvió de legitimación a esa primera etapa republicana y liberal. De hecho, tenemos una oferta de soberanía popular, que es una idea revolucionaria y que está operando desde los inicios de la república. ¿Cómo entonces te vas a echar para atrás y se la vas a quitar a quienes la exigen? Sobre la base de lógicas liberales tú no puedes impedir que Allende haga un gobierno efectivamente soberano-popular. La ironía del asunto es que cuando llega Allende a La Moneda ofrece una soberanía popular dentro de una institucionalidad que no es tan distinta a la que los abogados de don Mateo de Toro y Zambrano le aconsejaron que aceptara en 1810. Cuando se niega esa posibilidad que Toro y Zambrano había ya aceptado, ahí es cuando se pone fin a la república. Llega la dictadura militar e incorpora a la revolución ya operante un ingrediente de orden capitalista brutal, neoliberal, Chicago, que hace del mercado algo infinitamente más participativo. Doblemente más participativo porque la estructura política siempre había sido restringida. De hecho, los militares superan las limitaciones de la oferta política y ofrecen una democratización mayor. En ese contexto, quién con criterios iluministas modernizadores, reformistas, antirrevolucionarios podría haber parado eso, ¡imposible! Por eso me parece que un Pinochet, los Chicago Boys, pueden sobrepasar con creces a un Allende ¿me entiendes?

N: Pero en ese sentido el mesianismo se mantiene en los márgenes del proyecto republicano liberal, o al menos el proyecto republicano liberal permite que ese proyecto exista.

El problema con el mesianismo dentro de la estructura republicana-liberal es que la tensa, genera un cuadro altamente conflictivo. Pone su esperanza en un mecanismo de cambio potentísimo que es el Estado y en ese sentido le encuentro razón a Mario Góngora cuando sostiene que la propuesta de Frei Montalva, de la Unidad Popular y de la dictadura militar son revoluciones constructivistas desde arriba. Lo que yo no logro entender de Góngora es por qué él creía en el Estado. Hacer esa revolución sin el Estado era inconcebible, creer en el Estado te lleva a creer mesiánicamente en la revolución; pero me parece que ese es un problema de Góngora. Góngora alguna vez fue filo-falangista y militante del Partido Comunista.

N: Es un hombre que fue de todo.

Sí, pero siempre fue anti-liberal, por lo tanto hay una consistencia en todo lo que él eligió ser. Siempre un anti-liberal, por lo tanto me parece que en última instancia una persona como Góngora, como también una persona como Gabriel Salazar creen en la revolución. Yo, en cambio, no creo en la revolución. Personas como Góngora y quizá incluso como Gabriel, en última instancia, podrían aceptar un Estado fuertísimo. Yo no. Es evidente eso en Góngora. En el caso de Gabriel la situación no se ha presentado. Hasta ahora él ha estado abogando por sujetos que no están plenamente integrados ni se han hecho enteramente del poder, pero --me pregunto-- si se llegara a producir una situación en que finalmente el poder popular se lo toma, ¿qué se va hacer? Un pregunta muy leninista. ¿Se van a organizar o no en un Estado? Yo sospecho que toda revolución o giro histórico-revolucionario eventualmente conduce o supone un Estado totalitario. Si eso llega a pasar en mi vida, por suerte soy amigo de Gabriel y como creo en los estatutos de privilegio, no sé, se apiadarán y me permitirán por lo menos exiliarme, espero.

Evidentemente me baso en el único guión histórico que nosotros conocemos. No puedo con-

cebir una revolución sin que termine por aumentar el poder del Estado. Estoy todavía fijado en el diagnóstico filosófico-histórico que hizo de Tocqueville. No conozco otro desenlace, otro escenario posible de llegar a producirse una revolución. Pero esas son las limitaciones de los historiadores. Solo podemos manejar variables ya conocidas y de ahí intentar hacer prognosis. Ahora bien, en una de éstas se genera una situación totalmente inédita, pero yo no la vislumbro, es decir, no soy futurólogo, soy historiador, no sé si te respondo a tu pregunta

N: Sí. Solo quiero profundizar en un aspecto más: A partir de lo que hemos conversado sobre esta pregunta ¿le parece que el diagnóstico podría ser que hay una cierta contradicción entre la república y esa inclusión o incorporación que se dio en el marco del mesianismo?

La contradicción...

N: De la tradición republicano-liberal, digamos, hasta qué punto...

Entre nosotros, la tradición republicano-liberal es una tradición ambigua. Tanto en su oferta emancipadora como lo que en última instancia puede materializar en la realidad. A ver si nos entendemos: el republicanismo liberal siempre operó sobre la base de una ambigüedad, pero una ambigüedad que a las alturas de los años 60, 1960-1970 quedó en evidencia y por eso podemos hablar de una contradicción entre lo que se ofrece y lo que se puede concretar en tanto oferta. Inicialmente se ofreció soberanía popular pero restringida con medidas censitarias o control del voto.

Entonces, yo comprendo la crítica que se le hace a la institucionalidad liberal desde falangistas convertidos en demócrata-cristianos o desde socialistas y la izquierda. No se podía seguir sin concretizar una mayor participación, y ahí los liberales no tuvieron ninguna repuesta. Entonces los pillaron y eso explica porqué el liberalismo se termina, no puede continuar. Y además, junto con eso, terminaron con los que hicieron de esa propuesta, ambigua y todo, también algo frágilmente valiosa. Al final la derecha liberal muere como sujeto histórico y ahí se termina la historia de esos dos grandes fenómenos: de esa elite y de esa propuesta liberal. Lo que viene después es otra historia simplemente y ahí escapa mi propia capacidad de análisis. Yo solamente puedo constatar ese nuevo escenario, pero no lo entiendo plenamente. Un mínimo de rigor intelectual me obliga a reconocer mis falencias. Sólo puedo diagnosticar, pero no le encuentro sentido a lo que viene después.

Es decir, me parece que viene una revolución que pone fin a una historia y nos hace ir hacia otro escenario. Sabemos que la revolución es el gran mito del siglo XX. En verdad, un mito que comienza en el siglo XVIII y se proyecta en el siglo XIX, pero que el caso chileno lo desmiente, en la medida que se desmienten las posibilidades reales de esa revolución. El potencial de esa revolución es existente desde el 18 de septiembre de 1810, pero se la evita y retrasa hasta la segunda mitad del siglo XX. Un logro históricamente notable toda vez que se evitó sin tener que caer en reacción ni en tradicionalismos añejos. La elite tradicional fue modernizante. ¿Qué va a surgir de ese proceso revolucionario que termina por producirse y en que todavía estamos? Más allá del mesianismo y con características totalitarias también, yo no sé, la verdad es que no lo sé. Puedo suponer ese escenario positivo eventual pero no logro encontrarle lógica ni razonabilidad, solo demandas, resentimientos y deudas por cobrar, en fin, preterofobias, rechazos al pasado político anterior. De ahí que a mí me parezca que la revolución sea siempre un sin sentido, una oferta de un sin sentido que el pensamiento ilustrado no logra terminar por entender. No sé si me expliqué.

N: Sí, sí quedó claro. Bueno, la última pregunta... En el marco de una sociología dominado por el anquilosado funcionalismo norteamericano, Wright Mills planteaba la importancia de la historia como el fuste de las ciencias sociales. En Chile autores como Aníbal Pinto, Enzo Faletto, José Medina Echavarría y otros hicieron lo propio varios años antes. Desde la otra vereda tenemos reflexiones clásicas como la de Fernand Braudel sobre la historia de las ciencias sociales o las elecciones de método de Marc Bloch. En algunos de sus textos usted mismo ha utilizado categorías "de" las ciencias sociales, como "crisis de legitimación" para interrogar a la historia de Chile. En su opinión, en qué estado se encuentra hoy el diálogo entre la historia y las ciencias sociales y qué aporte puede hacer, digamos, la historia de las ciencias sociales y viceversa.

No creo que haya mucho diálogo; quizá lo más cercano a una aproximación entre la historia y las ciencias sociales puede ser la antropología. No me parece que las teorías de sistemas, o más específicamente de sistemas comunicativos nos sirvan mucho a nosotros los historiadores. Cuando se produjo el diálogo entre las ciencias sociales y la historia se hizo sobre la base de una especie de colonización de las ciencias sociales a la historia, la historia se volvió más economicista o más sociológica. A mí me tocó ese momento cuando me estaba formando; algo de eso se nota en el libro sobre la Independencia. Todavía en los años 80 y 90, que es cuando yo estaba escribiendo la tesis doctoral, la historia aparecía como ciencia social. Yo estoy muy alejado de eso hoy día. Ya no me parece una ciencia social. La historia es más cercana a una propuesta artística, está más relacionada con la literatura, con la retórica y con las humanidades, no es una ciencia. Las ciencias sociales son instrumentales. Los científicos políticos, ¿de qué sirven?; están interesados fundamentalmente en encuestas y los sociólogos en la actualidad no me resultan tan lúcidos como podría llegar a ser un Max Weber lúcido, pero un Max Weber lúcido porque sabía mucha historia. Para todos los efectos miro a Weber como un historiador que desarrolla una nueva disciplina que es la sociología. En consecuencia, en mi caso particular, no veo muchas posibilidades de diálogo.

Con todo, estoy consciente que los aportes intelectuales son solo parcialmente disciplinarios. No hay que ser historiador para hacer historia y se puede hacer historia desde la sociología. Por ejemplo cuando leo trabajos como los de Moulián o los de Manuel Antonio Garretón o los de Bengoa o los de Foerster o los de Sonia Montecinos, o los aportes más "sociológicos" de un Gabriel Salazar, no me hago la pregunta si son o no de historiadores. El aporte que ellos hacen a la historia es enorme, mucho más elocuente y lúcido respecto de la historia chilena que el de la mayoría de los historiadores. Entonces, cuando me refiero a que no veo mucho diálogo, es en términos de un diálogo entre las disciplinas. Por el contrario, siempre creo que es posible un diálogo entre autores.

En última instancia, el valor de la historia consiste siempre en devolvernos humanidad, la de figuras singulares, individuales, valiosas, creativas. Echo mucho de menos en el trabajo de los historiadores esa valoración necesaria de grandes artistas, figuras creativas, consecuentes, elocuentes, figuras humanas, sobre-humanas, que pueden ser también políticos, por ejemplo. Figuras sobre-humanas por lo mismo que muy vulnerables, frágiles, pero que así y todo no se rinden ante aquello que las puede avasallar o terminar matándolas, liquidándolas. A mí me hace falta ese tipo de historia, y en Chile concretamente. Yo mismo estoy haciendo una historia general de Chile y eso es porque funciono dentro de una lógica canónica que supone que los historiadores en Chile terminan por escribir historias generales, después de haber hecho un libro sobre la Independencia, un libro sobre Portales, y otras contribuciones sobre historia contemporánea. Así es la tradición en que me ubico. Con todo, debería estimularse a historiadores jóvenes a que empiecen a hacer una historia también de personajes, de sujetos individuales.

Otro punto es que no podemos ser tan teóricos ni tan abstractos como los filósofos o como los sociólogos. Tenemos que alcanzar una posición intermedia entre los novelistas y la gente más sesuda. Lo que hacemos los historiadores entre medio es algo bastante más sencillo. Es bien modesto, aunque a veces no suene muy modesto.

Supuestamente, soy un historiador de la élite, casillero en que me metí cuando todavía la historia estaba fuertemente colonizada por las ciencias sociales. Visto así, yo sería un historiador de un sujeto sociológico. Algo me escapo de esa horma cuando pretendo hacer una historia general de "los sentidos de la historia" de Chile. Cuando la concluya quizá me gustaría escribir una biografía, para serte franco. Una biografía de un personaje cómo, no sé, José Miguel Carrera, o podría ser otro. Escribí una historia política: el libro sobre la Independencia. Después volví a escribir un libro sobre el fenómeno político --"El peso de la Noche"--, después una historia general, y también hice historia contemporánea con "El Chile Perplejo". Ahora en este momento estoy tratando de escribir un libro sobre la toma el año pasado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, la cual tiene elementos de crónica narrativa. Supongo que lo que faltaría por hacer es una biografía.

N: *Sobre un comentario que hizo usted alguna vez en una entrevista de "Una Belleza Nueva", creo, no recuerdo si era el programa anterior... recuerdo que comentaba la importancia de la Universidad de Chile como una institución liberal frente al poder del Estado, etc. ¿cómo ve el estado de la Universidad de Chile frente a la contingencia actual?*

A mí me parece que la Universidad de Chile está pasando por una etapa bastante crítica y a veces pienso que estamos en una situación más grave que durante la dictadura, en la cual fui alumno en la Universidad de Chile, lo que es bien preocupante. La Universidad de Chile es una universidad que está fuertemente amenazada, pero no solamente desde afuera, es decir, desde el gobierno, el Estado en este caso, ni tampoco por mayores competencias en un mercado, sino por un fenómeno implosivo interno. Cuestión sobre la cual no hay suficiente conciencia al interior. Por ejemplo, la privatización de la Universidad de Chile no es solamente producto de una imposición desde la dictadura, los gobiernos de la Concertación y hoy día de Piñera, sino que hay una especie de colusión de parte de nosotros, del mundo académico, que ha aceptado los términos de esas imposiciones. Lo que es gravísimo y Víctor Pérez es un claro ejemplo de eso. Por tanto no le creo nada a Víctor Pérez cuando le da un ataque de histeria frente a Sebastián Piñera. A mí me parece que de ese estado actual de la Universidad de Chile es más responsable un ingeniero "informático" como Víctor Pérez que un Sebastián Piñera. Un Pérez Vera que fue director de departamento en ingeniería industrial durante la dictadura y que le ha llevado sistemáticamente el amén a las propuestas tecnocráticas de privatización de la institución. Por lo tanto Pérez es la persona menos indicada para despotricar en contra de las amenazas externas a la Universidad y me parece una cobardía hipócrita no asumir la responsabilidad que nos ha cabido a cada uno de nosotros al interior de la Universidad sin haberlo impedido. Lo mismo respecto al carácter público de la Universidad; y conste que estoy usando a Pérez nada más que como una figura simbólica. Más allá de sus personales incompetencias, que son muchas, él es una manifestación de un fenómeno mucho más extendido en la Universidad.

En general la Universidad me parece una institución en ruinas, anacrónica, aportillada, bastante apolillada, pero que posee a su vez tres cosas a su favor: tiene una extraordinaria historia para atrás y eso es un capital en cualquier momento; dos, sigue atrayendo a los mejores egresados de la secundaria y eso es una ventaja que se la quisiera cualquiera otra institución superior; y tres, el que la Universidad esté en un estado ruinoso no significa que esté todo perdido.

Cuando empecé a estudiar en Estados Unidos me especialicé inicialmente en historia del arte y literatura del Renacimiento; sé, por tanto, todo lo bueno que puede hacerse a partir de ruinas. El que estemos en un estado ruinoso no significa que estemos en un estado terminal. Sigo apostando a esos tres puntos a nuestro favor porque siento que todavía la Universidad tiene una capacidad de respiro histórico posible, pero mis esperanzas no pasan más allá de eso, que no es poco, ni tampoco mucho. **N**

Santiago, 14 de Julio de 2010

